

# El exilio en el recuerdo: «No hay identidad, hay identificación».

Entrevista al poeta Tomás  
Segovia

CÉSAR VICENTE HERNANDO E  
INMACULADA DONAIRE DEL YERRO

*Usted empezó su ponencia diciendo que no se sentía un ejemplo del exilio, ¿cómo explicaría su vivencia de ese exilio?*

El exilio es metafóricamente una expulsión o salida forzada de la casa. Por eso el rasgo más frecuente del exilio es la *nostalgia*, el dolor de la casa, en griego. Ahora, en mi caso personal, la primera casa que yo tuve, la casa de mi natalicio fue en Valencia... A los dos años perdí una casa. Luego tuve una casa en Madrid, pero ya en esa casa de Madrid, entre los chicos, amigos e incluso entre los hermanos, se sabía que yo no era originario de esa casa, que yo venía de otro lado, y hacían bromas porque yo había nacido en Valencia. Esa casa la perdí y fui a dar a un hospicio, otra modo de casa, en París. Y luego tuve pasajeramente una casa alquilada por mi abuela en el sur de Francia. Y luego otra en Casablanca, y luego tuve la casa de mi familia en México y luego yo ya tuve otra casa cuando me casé, como sugiere la etimología. Yo he perdido tantas casas, que para mí el exilio se diluye en un montón de cosas. Se diluye en la orfandad, en la nostalgia, en la infancia –que es otra casa perdida–. Entonces, claro, cuando pienso en el exilio tengo que pensar en el exilio como una condición de mi vida. Pero una condición de *toda mi vida*. Para mí ha habido una especie de exilio antes del exilio. Y luego una manera de vivirlo personal. Se ha dicho muchas veces, la frase creo que es de un exiliado, de Gaos o de Max Aub, o de un exiliado de la generación anterior, que «no hay exilio, hay exiliados». Cada exilio es una historia, claro.

Una vez aclaradas estas cuestiones autobiográficas, puedo decir una cosa que es más social, de grupo, que es que además de eso yo soy de una generación que somos hijos de exiliados, no propiamente exiliados. Porque exiliados son personas que tuvieron que salir, que tomaron la decisión de irse, aunque sea obligados. En algún momento tuvieron que echar a andar, tuvieron que decir «yo me voy». Un niño, no. A un niño lo cogen de la mano y en ningún momento ha decidido «yo me voy». Yo creo que se vive de otra manera. Una vez más tengo que personalizar, porque veo que muchos chicos de mi generación, los que éramos chicos y ahora ancianos, no entienden esa diferencia cuando yo les digo que no somos exiliados, porque no nos fuimos de España, nos llevaron. No ven la diferencia, y me parece normal, es una condición del ser humano, una condición histórica. El ser humano es heredero. La naturaleza más profunda del ser

humano es ser heredero, o sea el lenguaje, y el lenguaje es siempre heredado. Nadie ha inventado nunca una lengua. Todas las lenguas están ya inventadas. Es natural que si somos herederos del exilio, no se nos ocurra que haya una diferencia entre ser exiliado y ser heredero. Pero yo creo que sí hay una diferencia. Y por eso yo desde muy jovencito empecé a tener distancia, alguna autonomía con respecto a la identidad del exiliado. Que es también una identidad tan falsa como todas las identidades. Tan falsa en el sentido de invención ideológica. Yo desde muy jovencito empecé a notar eso; a notar que pensar que mi identidad de exiliado es ideología, en el buen y mal sentido de la palabra, es una construcción mental, social, pero no es de verdad una identidad como una piedra es idéntica a sí misma. Un exiliado no es idéntico a sí mismo como una piedra lo es. Entonces el poco resultado de eso es que a lo largo de los años yo voy viendo en el exilio español otra cosa que tampoco veo que vean muchos de mis co-desterrados: yo siento que a lo que más nos parecemos y con lo que sí nos podríamos identificar es con los inmigrantes de ahora.

No hay identidad, hay identificación. La identificación es un acto, todo lo contrario de una esencia. Identificarse es no ser idéntico, precisamente, es un acto. La experiencia que yo viví de niño era muy parecida a la experiencia que puede vivir un niño ecuatoriano transportado a España o un niño indio transportado a Londres. La experiencia de no pertenecer, de la no pertenencia. O sea, eso que, por ejemplo, sí está en el imaginario, como dicen ahora, de los exiliados que es el ciudadano de segunda. Ese concepto de ciudadano de segunda todos los exiliados lo reconocen inmediatamente, sí es una experiencia que todos saben lo que es y ésa es la experiencia que tienen ahora los inmigrantes. Lo que me ha enseñado el exilio finalmente es que el problema grave de este siglo va a ser ése. Qué clase de ciudadano es un ciudadano de segunda, qué clase de identidad tiene un mahometano en Berlín, un chileno en Estocolmo o un cristiano en Pekín. Qué va a pasar con eso. Detrás de ese problema está el problema histórico tremendo que es qué pasa con las naciones en un mundo transnacional. Las empresas, el dinero, son transnacionales, pero la gente sigue siendo nacional. Eso sí que es choque de mentalidades, de culturas, de realidades. Y por eso estamos en el lío en que estamos. No digo que por el hecho de ser exiliado tenga uno más soluciones, pero por lo menos la vivencia está vivísima, debería estar vivísima. Esa experiencia va a ser la experiencia clave del siglo XXI. Eso ya lo estamos viviendo. Igual que pasó con la guerra misma, que fue un ensayo general de la Gran Guerra, el exilio español fue también un ensayo general del desarraigo generalizado, en el otro sentido de la palabra mundialización que es el desarraigo mundializado. Cuando el mundo se mundializa esto no quiere decir que todos somos los mismos, sino que ahora nadie tiene raíz, como los capitales no tienen raíz. Puesto que nos están queriendo atiborrar la cabeza con que el hombre es mercado y la sociedad es sociedad de mercado, el mercado no tiene arraigo, ni patria, ni nación, y, sin embargo, estamos con las naciones y hasta con las religiones matándonos unos a otros o matándonos de hambre, que es otra forma de matarnos los unos a los otros. Yo creo que haber sido exiliado a los diez años, como he sido yo, a mí me ha hecho vivir eso.

Una anécdota: yo tenía mi primera «obra» publicada a los diez años, es una carta que había recortado mi abuela y luego heredaron mis hermanos y luego me la pasaron. Escrita desde París, desde la guardería de niños españoles desplazados, donde yo estaba, a otra guardería creo que también en Francia. Los maestros nos ponían en relación a los niños de unas guarderías con otras. A mí siempre me escogían los maestros para redactar porque era el que menos faltas de ortografía tenía. Entonces los maestros me pidieron que escribiera una carta para los compañeros. En esa otra guardería tenían una imprentita. Los niños hacían un periódico local y la im-

primieron. Mi abuela la recortó y ahí está firmada: «Tomás Segovia, 10 años». Pero hace muy poco un investigador me mandó por correo electrónico otras dos cartas mías que había encontrado de esa misma época y de las que yo no me acordaba, claro. Fue muy emocionante encontrar una carta mía impresa, de la que yo no tenía idea, cuando yo tenía diez años. Eran esas cosas maravillosas de la República. Cuando empiezan a decir que la República era lo mismo que el franquismo... Yo eso lo he vivido de niño entre los diez y los doce o trece años y era una cosa extraordinaria. Y luego lo he vivido en el exilio, porque esas gentes de la República son las que pasaron al exilio, claro, y era una altura moral increíble, como yo no he vuelto a ver nunca en ningún país y en ninguna época. Y eso hay que decirlo. Yo muchas veces digo que no me siento exiliado, yo no ando por ahí con una bandera, pero como dicen en México, «lo que sea de cada quién». El mundo del exilio, por lo menos el de México, era extraordinario. Los maestros de nuestra guardería nos hacían escenificar romances tradicionales. Era una preciosidad cómo estaban montadas sin recursos. Las mujeres que trabajaban allí, las afanadoras y cocineras nos hacían los trajes con ropa vieja, con papel cortado. Nos hacían aprender romances y canciones. Por ejemplo, las canciones populares tradicionales españolas que sé las aprendí allí, en París, en la guardería. Cantábamos casi todos los días. Y en esa otra guardería hacían una imprenta, enseñaban a los niños a imprimir. En esa segunda carta que me mandó este señor, digo, porque la primera es muy circunspecta, «queridos amigos, aquí estamos en un colegio donde cantamos canciones... cuando vamos al bosque de Bolonia jugamos al fútbol con los niños franceses y les ganamos por ejemplo 6 a 0, ó 7 a 1». Éramos mejores que los niños franceses porque, claro, nosotros éramos golfillos de la calle, estábamos todo el día pegando patadas a los botes en el patio, mientras que ellos eran niños de familia. Es lo bonito que tiene el fútbol. Eso lo dice Camus, que lo que pasa con el fútbol es que es un deporte popular, que permite ascenso social. Eso ya era una experiencia del exilio. Los franceses nos llamaban *sale petit espagnol*. Ya en Madrid me llamaban *pataqueta*, que era entonces un pan típicamente valenciano; en Valencia, a donde volvimos para resguardarnos de los bombardeos nos llamaban *refugiados* y nos insultaban a los que llegábamos como madrileños. En Casablanca no, porque en Casablanca apenas teníamos contacto con la población árabe o la francesa.

*En México no estaban integrados con los niños mexicanos, ¿no?*

Fue lenta la integración y siempre con tropiezos porque al principio estábamos convencidos de que íbamos a volver. A pesar de la evidente derrota, inmediatamente después estalló la Guerra Mundial (todo el mundo sabía que iba a estallar la Guerra Mundial, claro). Yo eso lo recuerdo muy bien: en mi infancia, ya al final de la guerra de España, en el ambiente se mascaba la angustia. Yo tenía once o doce años, pero un niño percibe esas cosas, que estábamos viviendo al borde del cataclismo, todo eso se respiraba. Ahora, una vez que estalló la Guerra Mundial, la gente que tenía un poco de visión histórica pronto vio que ganaban los aliados. Al principio podría parecer que los nazis derribaban gobiernos, pero con un poco de ojo se veía que iban a perder. A pesar de que el mundo no era como ahora, pero de todos modos Hitler era un loco: claro, meterse con Rusia y Estados Unidos a la vez, con eso no hay quien pueda. Se veía. El exilio español tenía una gran cohesión porque estábamos seguros de que era cuestión de esperar dos o tres años, cuatro, no sabíamos, pero la guerra la perdía Hitler y, por supuesto, una vez que perdiera Hitler, Franco desaparecía. Y claro, durante los primeros años del exilio la cohesión era...

Teníamos hasta nuestras propias escuelas y colegios, porque con el famoso oro del Vita con el que tanto se ha especulado, los que lo hemos vivido sabemos lo que hicieron con ese oro: hicieron colegios, escuelas. El Gobierno español en el exilio en México, nada más que en México, fundó cinco o más colegios. Pero eran unos colegios en que casi todos los profesores eran refugiados españoles. Venían algunos chicos mexicanos, pero ellos se sentían en el extranjero. Por eso, entre otras cosas, casi todos los de mi generación hemos conservado el acento español, porque nos criábamos en ese ambiente: salíamos del colegio y salíamos en grupo y generalmente los exiliados se concentraban en ciertos barrios. Uno vivía en barrios en los que había una densidad de población exiliada alta. Después del colegio íbamos a jugar al fútbol al parque y todos los chicos con los que jugábamos eran españoles también.

*¿Había rechazo por parte de los chicos mexicanos hacia los españoles?*

Claro, todas las sociedades son chovinistas. Que sea soterrado más o menos, pero son todas chovinistas, culto-centristas. Pero también pasaba en el mundo de los exiliados: «nosotros, nosotros, nosotros». Y sobre los mexicanos circulaban una serie de prejuicios como, por ejemplo, que los mexicanos son acomplejados. Esos prejuicios provienen, muchas veces, de la misma sociedad a la que se le aplica. Como en México circulaba también la idea de que los exiliados eran brutos y comecuras. Yo creo que sociológicamente lo más importante era esa cohesión interna, esa tentativa de no disolverse, porque integrarse es disolverse, porque íbamos a regresar más temprano que tarde y había que mantenernos unidos, mantener la antorcha y, claro, eso tenía sus consecuencias en nuestros colegios.

*¿Cuál cree que debe ser la perspectiva en que debe recuperarse la memoria histórica?*

Dicen que la política es el arte de lo posible. Yo creo que es el arte de lo tolerable porque siempre se puede hacer mejor. Hace tres o cuatro años fui a Berlín a un congreso de poetas y me asombró, comparando con España, que ellos sí que tienen una memoria histórica tremenda, porque tienen las dos cosas el hitlerianismo y el estalinismo y, sin embargo, no le tienen miedo. En ese congreso había chicas estudiantes que nos hacían de lazarillos y, claro, como estaban en el medio universitario, eran muy buenas guías y a mí me hicieron ver muchas cosas que si yo hubiera estado por mí mismo sin hablar alemán, no me hubiera enterado, como por ejemplo, que en los colegios, siempre, en todos los cursos, en los primeros años de instituto una actividad inevitable es visitar los museos del holocausto y de las persecuciones estalinistas. Los llevan a visitar estos museos, está en el programa escolar que los niños visiten los museos, claro, eso hace la diferencia. Cuando volví de allí, yo decía: «en Berlín los jóvenes y los ancianos son de la misma especie». Pueden hablar. Hay diálogo. En España no hay diálogo. Cuando se logra un poco de diálogo... En general, la poca comunicación que hay entre jóvenes y mayores, sobre todo poniendo la línea en los que han vivido o no el franquismo; la poca que hay es justamente por lo poco que ha habido de recobrar la memoria histórica. Es decir, cuando un joven puede hablar con un hombre mayor que haya vivido el franquismo o, por lo menos, que haya estado bastante cerca para respirar todavía ese ambiente es porque ese joven sabe algo de lo que pasó. Si no, no hay comunicación. A mí me parece importantísimo para un país que haya comunicación entre los viejos y los jóvenes, sobre todo en esta época donde

esa cuestión de las generaciones está absolutamente manipulada, está manipulada por las fábricas de camisetas, de zapatos, por las disqueras y hasta por las fábricas de las bebidas alcohólicas. Como tantas otras cosas, los fenómenos sociales ya no surgen de la sociedad, surgen de la televisión. Hay unos cuantos *big brothers* que inventan la sociedad, y viendo esa sociedad que nos inventan...

*Y respecto a la pregunta anterior, ¿cuál es para usted la perspectiva desde la que ha de recuperarse la memoria histórica?*

Yo creo que el primer paso sería simplemente poder hablar de ello. Levantar el tabú. ¿Qué ha pasado en Alemania? En Alemania levantaron el tabú y supongo que les costó, que no debía ser fácil, porque debe haber un montón de gente, como dijo Gelman el otro día, que lo que no quiere que se destape no es la memoria histórica, sino la memoria personal. Eso yo antes de oírsele a Gelman lo he oído en España. Lo que decía Gelman de por qué él no podía volver a Buenos Aires; decía «porque me aterra la idea de que me puedo encontrar en la calle con mi verdugo». Y eso yo lo he oído decir en España. Sólo que en España se callan todavía más. Hasta en Argentina han hecho leyes de recuperación, con bastantes problemas, pero ni siquiera los obispos argentinos se han atrevido a decir que hay que tappar la memoria, nadie se ha atrevido. La han tapado un poco en todas parte, supongo que en Alemania también, pero nadie se atreve a decir «es que hay que tapparla». Y en España es sistemático que hay que tapparla con ese argumento de las viejas heridas. Si hay viejas heridas, pues claro que hay que destaparlas, porque no es remover viejas heridas, sino confesar «tengo heridas».

*Si tuviera que elegir un poema que transmitiera esa experiencia de trasterrado, ¿cuál elegiría?*

Yo siempre digo que pedirle a un poeta que escoja, que haga una antología, es un poco como Atalía, o alguna otra mujer terrible de la historia, que obliga a una madre a que escoja cuál hijo mata y cuál hijo salva. Y es la peor tortura. No es para tanto, pero sí es un poco metafóricamente la tortura de escoger a qué hijo mato y a qué hijo salvo. Pero quizá, de los que recuerdo en este momento, escogería «El extranjero» (del libro *Lapso*), que no habla directamente del exilio, sobre todo del exilio español en México, porque está escrito en California, en una especie de doble exilio, una vez que estuve dando un curso en un *college* de California y cuando llegó el verano, como me pasa siempre a mí, se fueron todos y yo, en cambio, me quedé en el campus vacío. Los profesores ya todos estaban en la playa y yo esperando porque había reservado demasiado tarde mi billete de avión. Entonces me quedé paseando por Berkley, ocioso, sin nada que hacer más que esperar la fecha de mi avión. Entonces, viendo ese ambiente del verano en una ciudad estudiantil llena de gente y, claro, la sensación de extranjero, no necesariamente exiliado, sino de desarraigado, de no pertenencia, era muy fuerte.

*Si considera que su estancia en España es un regreso, ¿qué fue lo que le llevó a regresar?*

En eso siempre cito a Max Aub, que en *La gallina ciega* dice que le preguntaron por qué había vuelto y él respondió: «he venido, pero no he vuelto». Y también mi mujer suele contar la

anécdota de otra exiliada que iba y venía, pues un poco como yo, y que le dijeron una vez, «pero bueno, ¿a qué vas a México si ya estás instalada en España, vas a México de visita?». Y ella respondió, «cómo de visita, yo voy a regar mis plantas». Hay algo de eso. Yo muchas veces digo, en una época yo decía, «lo que pasa es que yo soy un *commuter*», esa noción moderna de *commuter*; trabajo en México y vivo en Madrid. Ahora vivo la mayor parte del tiempo en Madrid. Pero no siento que esa metáfora de las dos orillas... estoy acabando por convertirme en el único símbolo que queda de esa especie de doble vida. Yo siento esa doble vida. Yo siempre tuve nostalgia, pero creo que no de la manera habitual, que suele creerse. En México tenía nostalgia de las estaciones. Por un lado por las estaciones, eso de que cae la nieve, luego salen las florecitas, en fin, es muy emocionante, sobre todo para un poeta. Bueno, para lo que antes creíamos que era un poeta. Pero además es que se tiene un sentido más profundo que es el origen de la historia humana. En cuanto uno trata de imaginar, de pensar un poco, de divagar sobre los orígenes del hombre, de nosotros, lo primero que salta a la vista es la relación con la tierra: la siembra, la cosecha, todo nuestro imaginario humano está empapado de eso, de los ciclos de la tierra. Claro, hay las civilizaciones americanas, africanas y asiáticas, pero claro, yo inevitablemente siento mi cordón umbilical en la Antigüedad grecorromana. Yo tenía nostalgia de las estaciones por eso. Cuando vine a Europa no vine a España, sino al Rosellón donde viví cinco años, en un pueblecito, bueno, eran dos pueblecitos separados por una carretera que tenían entre los dos 500 habitantes. Y eso era lo que yo quería, claro, vivir allí: la siembra, la recolección, los frutales, las viñas, la vendimia, el vino, vivir aquello, en medio de todo aquello, porque yo lo viví a través de los libros.

*En otra entrevista usted dice que no es que tenga una patria, sino que tiene muchas patrias y que ojalá tuviera más. ¿Cuáles son esas patrias?*

En mi caso personal concretamente... En un sentido imaginario también es mi *matria* Grecia y Roma e incluso, por lo poco que sé, los etruscos y por lo poco que sé también el hinduismo. Ahora, históricamente, biográficamente, mis *matrias* son España, París (porque no toda Francia) y el Rosellón. El fin de la guerra yo no lo pasé en la guardería, sino en el Rosellón con mi abuela, donde vi pasar la caravana de refugiados. Casablanca, México, Uruguay, porque en Uruguay viví dos años y pico, pero fueron años muy importantes. También tengo otras *matrias*: Alemania, el romanticismo alemán, sin el cual yo no sería yo.